



RODRIGO LOPES,
MEMORIAS DE
UN MÉDICO ESPÍA

José María Gil Cruces

RODRIGO LOPES,
MEMORIAS DE
UN MÉDICO ESPÍA



Primera edición: marzo de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José María Gil Cruces

ISBN: 978-84-18663-30-7

ISBN digital: 978-84-18663-31-4

Depósito legal: M-6395-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedicado a todas las personas
que han hecho del Arte de la Curación
una forma de vida*

ÍNDICE

CAPÍTULO 1. UN JUDÍO PORTUGUÉS	13
CAPÍTULO 2. EL MÉDICO INGLÉS.....	41
CAPÍTULO 3. INGLATERRA CONGELADA	75
CAPÍTULO 4. EL MÉDICO ESPÍA.....	109
CAPÍTULO 5. LA CONTRA ARMADA.....	127
CAPÍTULO 6. TRAYECTO DE IDA Y VUELTA	135
CAPÍTULO 7. EL PENÚLTIMO VIAJE.....	145
CAPÍTULO 8. LA TORRE DE LONDRES.....	159
CAPÍTULO 9. EL JUICIO	179
CAPÍTULO 10. LA REINA MEDITA.....	203
EPÍLOGO	207

Los demonios están por todos lados.
Es la persona, libre, creadora y sensible,
Quien modera lo bello y exalta lo sublime,
Mientras las masas son arrastradas por una danza infernal
De imbecilidad y de embrutecimiento.

ALBERT EINSTEIN

CAPÍTULO 1.

UN JUDÍO PORTUGUÉS

Desde el mismo momento en que tuvo uso de razón, Rodrigo Lopes, o López desde que españolizó su apellido, se había considerado un hombre afortunado. Razones no le faltaban: comía a diario, al menos en tres ocasiones; disponía de un techo que le servía de cobijo frente al frío, las lluvias o el viento y disfrutaba de buena salud; en solo dos palabras: estaba vivo. Pese a esa idea tan optimista, quizás poseyera el buen hombre algún componente de cariñosa exageración, porque en la primera época de juventud, su estirpe judía en un país como Portugal no era precisamente un hecho que abriera muchas puertas; sin embargo, en conjunto y sin entrar en detalles más o menos escabrosos, la criatura no tenía demasiadas quejas de las circunstancias que la vida había ofrecido, hasta ahora, a su cuerpo y a su espíritu.

«Hasta ahora», repetía Rodrigo una y otra vez de manera mental, cuando los recuerdos de los avatares de toda una vida lo invadían en unos momentos más que difíciles.

Como varios jóvenes de su *freguesía*¹, Rodrigo Lopes asistió en su ciudad natal, la noble villa de Crato, muy cercana a la raya con España, a las clases, más prácticas que teóricas, que afamados cirujanos portugueses moldearon a golpe de escalpelos, *trocates* o

1 *Freguesía*: en Portugal, división político-administrativa en la que se divide un municipio.

*pistorinos*² en su conciencia y saber, en ese difícil oficio que ha sido, es y será por siempre el arte de la curación, conocido de manera más escueta en muchos lugares simplemente como *la medicina*.

Y es que no podía ser de otra manera para Rodrigo, ya que de las cuatro grandes enseñanzas que las universidades europeas ofrecían en su época, Derecho, Teología, Medicina y Filosofía³, tres de ellas las tenía vedadas el joven converso, de la misma forma que el tocino o la morcilla estaban prohibidos en la dieta de sus antepasados; de esta suerte, tradición y obligación se juntaron de las manos en su camino académico: Rodrigo Lopes tendría que ser médico y, a ser posible, formar parte de la cofradía cuyos privilegiados miembros vivían de su propio trabajo, no ya de manera desahogada, sino, al menos, de forma decente.

El chico progresaba de manera espectacular y, de hecho, consiguió hacerse un hueco en la bancada de la Universidad de Coimbra⁴, posiblemente la más demandada en el país lusitano, con un notable prestigio a nivel europeo, bien arropado el muchacho por el gremio de los físicos, de gran tradición hipocrática. Tras seis horas diarias de clases y exposiciones durante seis largos cursos, Rodrigo se consideraba digno heredero del gran clínico griego, que bautizaba con su nombre el mayor juramento de auxilio y humildad que se realiza sobre la faz de la tierra.

Pero no solo de recuerdos milenarios se podía avanzar en una materia como la suya, por lo que Rodrigo Lopes añadía a diario a su horizonte cultural vastos conocimientos mucho más recientes que los recibidos a través de Avicena, Averroes y el gran Maimóni-

2 *Pistorino*: hoja de metal a modo de pequeño cuchillo llamada desde el siglo xv *bistouri* por los cirujanos franceses, cuyo origen se encuentra en la ciudad italiana de Pistoia, famosa por sus fábricas de escalpelos quirúrgicos. Por su parte, el *trocar*, diseñado en forma cóncava por el médico cordobés Abulcasis, se utilizaba para la extracción de los jugos abdominales.

3 La Filosofía abarcaba, a comienzos del siglo xvi, cualquier tipo de disciplina de las denominadas unos años después como Ciencias.

4 En la actualidad, desde 1985, el Grupo Coimbra aglutina a 38 de las más prestigiosas universidades europeas.

des, maestro de maestros en la medicina de los hebreos, sin olvidar a Discórides, el padre de la farmacopea y de la botánica, con plena vigencia en sus escritos hasta bien entrado el Renacimiento, conocido por Rodrigo Lopes y su entorno científico como *el gran rey de todos los venenos*. Nunca había que olvidar a Discórides Anazarbeo ni a su excelsa obra, *De Materia Medica*, custodiada por los vieneses en la Biblioteca Nacional de Austria desde 1569.

La villa de Crato, en el Alto Alentejo, permitió a Rodrigo, por cercanía geográfica, el paso de la raya española; una vez que el joven dejó atrás Portugal tras superar la frontera hispano-portuguesa, la más antigua de Europa, la Universidad de Salamanca permitió completar al médico luso la segunda parte de su aprendizaje en una institución de reconocido prestigio a nivel europeo, en aquellas fechas, sinónimo de mundial, que enarbola y presume en su lema el hecho de que «Los principios de todas las ciencias se enseñan en la Universidad de Salamanca»⁵.

Rodrigo, como siempre ocurrió en su existencia, no iba a desaprovechar una ocasión tan atractiva como la aparecida en tierras castellanas, aunque toda su vida estaría marcada por un recuerdo horrible en su paso por la ciudad del Tormes: un mal día, durante una mala noche, alguien llegó hasta Rodrigo con una noticia que le heló la sangre: sus padres habían desaparecido sin dejar ningún rastro.

Cuando la puerta de la casa fue aporreada en plena nocturnidad y el anciano matrimonio desapareció como un vaso de agua derramado en la inmensidad del mar, la sombra del Santo Oficio se reflejó en las paredes de la vetusta casa familiar, como lo hacían los rayos del astro sol durante todas las mañanas del año.

Portugal había dejado de ser un país seguro, España ya lo era de hecho para los hijos de Abraham, y la opción más segura en el mapa de la supervivencia aparecía en Inglaterra, toda vez que el rey Enrique VIII había desertado del manto y la tiara papal con la excusa de su divorcio.

5 *Omnium scientiarum princeps Salmantica docet.*

De hecho, un gran amigo de la infancia de Rodrigo, Heitor Nunes, lo animaba en sus cartas de manera reiterada a emprender el penúltimo viaje a unas islas que ofrecían amparo a los judíos o, al menos, no preguntaban nada sobre sus credos, sobre sus trabajos ni sobre sus costumbres, de puertas de casa para adentro.

Junto a Dunstan Anes, padre de su amada Ana y futuro suegro, Nunes lideraba como un secreto a voces la comunidad hebraica en la capital inglesa, donde, al menos, un judío no tenía que demostrar que no lo era: la palabra mercader reunía en un solo vocablo varios conceptos que se entendían en todos los puertos del mundo conocido, unos muelles que hacían además la labor de sinagoga, iglesia o mezquita, en función de donde los vientos dirigieran las naves; por lo tanto, una vez que cerrabas la puerta de tu casa, la confortable intimidad inglesa del *home, sweet home*⁶ aclaraba el concepto de vivienda privada, tranquilizaba los cuerpos y relajaba el espíritu con la idea del refugio propio.

De Hipócrates, el llamado por algunos de sus contemporáneos *padre de la medicina*, Rodrigo Lopes aprendió la diferencia de conceptos tan entrelazados entre sí como religión, magia y curación, oscuras disciplinas de difícil discernimiento en todas las épocas de la humanidad, pero que en el siglo XVI venían acompañadas de un componente esotérico que hacía peligrar la salud de los actores protagonistas en el noble arte de la medicina, a poco que los sanadores saltaran mínimamente los esquemas preestablecidos por las autoridades.

La diferencia entre un brujo y un curandero se basaba en una simple cuestión semántica, siempre abierta a discusión; pero la distancia existente entre alguien que es capaz de curar mediante su supuesta magia y un profesional de la medicina... ¡ay Dios mío!, ahí entraba en juego mucho antes la malicia del envidioso que la molicie de los más acomodados.

Si la familia de Hipócrates, oriundos de la isla de Cos, aseguraba sin ningún tipo de complejos que descendía del mismísimo

6 *Home, sweet home*: hogar, dulce hogar.

dios Asclepios⁷, dos mil años después, la estirpe de Rodrigo se contentaba con un linaje bastante más modesto, el de los humildes Lopes de la afable ciudad de Crato, cabeza de la Orden de Malta, en cuyo priorato eran investidos los caballeros portugueses desde el siglo XIV.

En cambio, el joven portugués coincidía con el maestro griego en la crítica hacia los exorcistas y supersticiosos que achacaban los males del cuerpo humano a los espíritus malignos, siendo Hipócrates, de hecho, el primer sanador que estudió la epilepsia como tal enfermedad y no como una degeneración propia de locos y delincuentes que pagaban con ese tipo de moneda tan cruenta los supuestos pecados de sus padres, abuelos, paisanos o cualquier tipo de antepasados.

Todo el mundo es responsable de sus propios actos a partir de cierta edad, pero nadie lo es de las opiniones o actuaciones de sus ancestros, aunque determinados estigmas pasen de padres a hijos como esas máculas en la piel que identifican a generaciones de apellidos de manera caprichosa, visible e invariable.

Hasta ahí todo marchaba de cara para Rodrigo, pero un mal día, la Inquisición portuguesa tomó cartas en sus asuntos particulares, en una vida privada en teoría, pública en la práctica, con una cuestión que no suponía un pequeño detalle en su currículum, sino que, simple y llanamente, era su propia existencia la que estaba en juego, como esos naipes caprichosos que marcan el devenir de los jugadores de cartas, casi siempre de manera desfavorable para los intereses de los participantes.

La acusación no podía tener peor aspecto; de alguna manera que escapaba a su comprensión, algún *familiar* del Santo Oficio, esos espías de pacotilla que venderían a su madre por seis monedas si no lo hubieran hecho ya, había descubierto que Rodrigo seguía ejerciendo como un marrano activo, un auténtico espécimen de criptojudío, genuino ejemplar del género fraudulento que maltra-

⁷ Asclepios, Esculapio para los romanos: dios clásico de la medicina o del arte de la curación.

taba a su religión judía, de la que renegaba en público, y lo que es peor, traicionaba a la católica, a la que ofendía en privado con sus arrebatos de apostasía.

Todo ello, el médico lo sabía bien, conllevaba la ardiente condena a una pena de muerte no demasiado rápida ni, mucho menos, agradable.

Pero algunas veces, el destino también juega algunos dados cargados o, en su caso, con unas sotas favorables, marcadas o no por la predestinación (en aquellas circunstancias, las premisas luteranas eran lo de menos). El prior Dóm António de Crato⁸ en persona tuvo la delicadeza de efectuar una visita a su celda en la capital portuguesa, cuando el médico se encontraba en prisión, arrastrando el clérigo un trato bajo el brazo imposible de rehusar, en especial cuando Rodrigo intuía las capacidades del otro brazo, el secular, en manos de un experimentado verdugo.

De entrada, a través de dicho acuerdo amistoso, Rodrigo sería expulsado del país lusitano —esa cláusula no era negociable—, para tranquilidad de la salud espiritual de los muy reverendos padres dominicos, aunque, en algún caso, la pérdida de uno de los mejores médicos portugueses del momento hiciera peligrar la salud somática de algún *hijo* de santo Domingo de Guzmán, entre otros ilustres pacientes; a cambio de salvar el pellejo, el mismo médico se comprometería a ayudar al Servicio de Inteligencia de su paisano el prior, en los múltiples vaivenes que la Corona isabelino-tudoriana estaba provocando en Inglaterra, así como en España o Francia, además de en Escocia, en Irlanda... y por supuesto en la Portugal que Dóm António, el prior de Crato, intentaba recuperar de las garras del rey Felipe II de España, desde aquel desgraciado año de 1581 en el que el monarca hispano mandó al duque de Alba con un buen ejército a las Cortes celebradas en la ciudad de Thomar⁹.

8 Como nieto del rey de Portugal D. Manuel *el Afortunado*, el prior de Crato, Dóm António, pretendía el trono luso.

9 Don Fernando Álvarez de Toledo y Pimental, III duque de Alba, murió en 1582 en la propia ciudad de Lisboa poco después de vencer al ejército portu-

El proceso resultaba tan claro como las aguas que el río Tejo arrastraba con mimo en primavera. Se trataba de *convencer* a los lusos de que *el mundo no era suficiente*¹⁰ para un monarca en cuyos territorios o dominios nunca se ponía el sol; de aquella manera tan convincente, el segundo de los Felipes españoles salió del parlamento luso convertido en Felipe I de Portugal y de los Algarves, después de la ignominiosa derrota sufrida por el prior de Crato en la batalla de Alcántara.

El argumento esgrimido por don Felipe resultaba bastante claro; tanto como el pueblo lisboeta le cantaba en los numerosos chascarrillos dedicados a su majestad, pues a fin de cuentas el hijo del emperador don Carlos se trataba también del *hijo de la portuguesa*¹¹.

Para desesperación de Dóm António, el ya anciano Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, nombrado virrey de Portugal por el rey Felipe, controlaba el país portugués mediante el sistema de la diplomacia armada, mecanismo que nunca le había ido mal y que, pese a su avanzada edad, al titular de la Casa de Alba solo le había cubierto de gloria y distinciones allí donde su genio militar había obligado al noble castellano a intervenciones con más fuerza armada que dotes diplomáticos. Por algo todos sus enemigos, que no eran pocos, consideraban al gran duque como el mejor general de la época, en unos años donde no había precisamente escasez de escaramuzas, guerras, batallas y más guerras, con tantas posibilidades de promoción militar como de toparse de bruces con la muerte y desaparecer del escalafón.

Pero Dóm António había ceñido la corona portuguesa por unos meses, en concreto dos, tiempo algo corto para la realización de determinadas tareas, pero extremadamente extenso para hacer acopio de algunas piezas de joyería fina que la desahogada realeza portu-

gués del prior comandado por Diego de Meneses.

10 «El mundo no es suficiente», lema del escudo de armas de Felipe II frente al «*Plus Ultra*», «Más allá», de su padre, el emperador Carlos V.

11 La madre de Felipe II era la princesa Isabel de Portugal, única esposa del emperador Carlos V y, por lo tanto, reina y emperatriz.

guesa, junto a la Providencia y el fervor popular, habían puesto al alcance de sus desangeladas manos durante sesenta y seis días.

Debido a la delicada situación económica que atravesaba Dóm António, a las peligrosas intrigas políticas que habían puesto precio a su cabeza y al desagradable hecho de tener que salir corriendo al menos veinticuatro horas antes de que fueran a por él los soldados españoles, el hecho de disponer de una buena remesa de joyas, piedras preciosas y monedas de diferente valor y cuño era tan solo un sueldo del que podía disponer por anticipado a cuenta de los servicios a prestar. La historia, como que Dios existe, seguramente lo entendería y muchos portugueses de buena fe, sin duda, lo aplaudirían en su fuero interno.

Si primero tuvo que huir hacia Coímbra, luego a Oporto, más tarde a París para recalar finalmente en Inglaterra, previa escala en esas islas atlánticas sobrevoladas por los poderosos azores¹², el prior lo tenía claro: siempre hacia el norte, con una derrota detrás de otra, por supuesto, pero sin olvidar su tierra, donde había dejado once hijos, no mal situados, que le podrían servir de llave a sus propios intereses (que también eran los suyos).

Por estas razones —pensaba Dóm António—, un buen disfraz, severo a la vez que comedido, y una buena bolsa, abundante, pero sin sonoras estridencias, eran perfectos compañeros de viaje junto a una discreta escolta, la típica de un mediano hombre de negocios donde él mismo hacía el papel de lacayo, para el manejo de asuntos en los que en nadie podía confiar; solo su experiencia garantizaría el éxito de su alta misión que Dios había situado en algún punto de su dilatado horizonte personal.

Se hacía necesario arreglar de alguna manera ese real entuerto, pero para una empresa de tal calibre era imprescindible, como tantas veces había ocurrido en la mentalidad portuguesa, la ayuda, inestimable desde luego, pero no altruista, de Inglaterra.

12 Las islas atlánticas de los *Açores*, conocidas en España como las Azores, fueron el último bastión *rebelde* del prior Dóm António de Crato en su lucha por obtener el trono portugués frente a Felipe II.